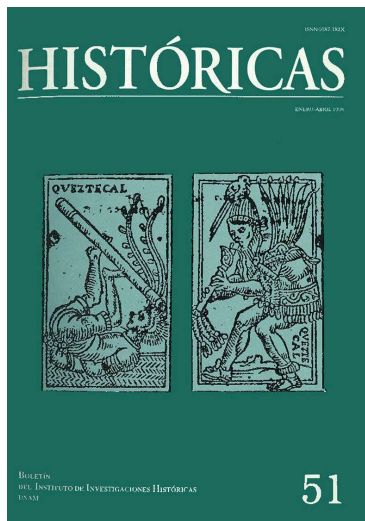




Artículo: El embrujo del lago

Autor(es): Espinosa, Gabriel | Moreno Toscano, Alejandra | Broda Prucha, Johanna

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 51

Año: 1998

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Espinosa, Gabriel, Alejandra Moreno Toscano y Johanna Broda Prucha. "El embrujo del lago" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 51 (1998): p. 25-36. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3902>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

El embrujo del lago

Gabriel Espinosa

Creo que este libro contiene algunas ideas nuevas; al autor suelen gustarle, como al pintor, los detalles; sin embargo, a manera de presentación, he decidido dejar de lado mis preferencias y tratar de comentar solamente ideas muy generales. De hecho, me voy a restringir a tres ideas generales.

Una de las ideas del libro que, pienso, tiene más perspectiva es la de ver a Mesoamérica como un conjunto de cuencas lacustres volcánicas.

No toda Mesoamérica, desde luego, está inmersa en alguna cuenca lacustre, y aun las regiones geológicamente más semejantes a la cuenca de México, pueden no serlo en un sentido estricto. No es una idea, por tanto, que pueda generalizarse mecánicamente, pero resulta un modelo interesante si se le toma con el suficiente cuidado.

Gran parte de Mesoamérica puede ser vista como la repetición geomorfológica —al menos en sus rasgos más abstractos— de la cuenca de México. O bien, a esta cuenca puede vérselo simplemente como un caso particular de un fenómeno general. En otros casos particulares, como en el valle de Toluca, la cuenca no es perfectamente cerrada, sino abierta, pero el agua procrea (procreaba) una serie de cuerpos lacustres antes de seguir su camino al mar; en otros casos, ni siquiera ocurre esto y el flujo acuático sale sin antes formar lagos o lagunas. En otros casos más, como en el de Oaxaca, los cuerpos de agua se hallan apenas unos centímetros por debajo de la superficie terrestre: los lagos de estas cuencas no están a la vista, pero pueden percibirse de mil maneras; apenas se forma una planicie y en época de lluvias surge toda clase de humedales incluyendo a veces lagunas de extensión considerable. Este tipo de recuerdo de lo que antes fueron importantes masas de agua todavía puede presentarse en regiones que hoy aparentan una gran sequedad, como Tlaxcala.

En muchas de estas cuencas hubo en un pasado relativamente cercano, y a veces más remoto, lagos y lagunas en toda forma. En particular, allá por los milenios en que los hombres parecen haber empezado a intensificar sus experiencias en la domesticación de las plantas, el área que vendría a conocerse como Mesoamérica era en verdad una impresionante colección de lagos majestuosos y fértiles. Un proceso conjunto de cambio climático y acción humana ha colapsado la superficie acuática mesoamericana; el proceso inició con la propia agricultura mesoamericana, que interrumpió muchos de los flujos acuáticos

para regar sus campos de cultivos; se intensificó sin duda con la llegada de los españoles; lo hizo mucho más con el desarrollo del capitalismo moderno, y está terminando en este siglo, en solamente unas décadas, por barrer todo cuanto tenga la más remota semejanza con un lago fértil.

Por eso, hoy es difícil pensar en un origen lacustre de las culturas mesoamericanas: nada lo sugiere en el paisaje. El primer impulso del investigador, a veces muy difícil de modificar, es imaginar el surgimiento y desarrollo de Mesoamérica, en un medio más bien árido, seco y polvoso.

De hecho, cuando el lago vino a mi encuentro, inicié el estudio de la cultura lacustre como un caso específico, muy particular, y sólo después de concluirlo me ha ido penetrando la convicción de que se trataba de una cultura que nada tenía de raro, nada de diferente —como en realidad era de esperarse— a la cultura de otras regiones mesoamericanas.¹ De una manera compleja, a veces por la vía de fusionar pueblos de especialidades diferentes,² podemos afirmar que la cultura del agua que se esboza en este libro era compartida por todas las regiones mesoamericanas. Insisto, con el cuidado necesario.

Como es el caso mexicano el más documentado, el más ricamente retratado por las fuentes —sobre todo las escritas— la cuenca de México podría proporcionar una “estructura”, un modelo aplicable (siempre y cuando en su aplicación haya más creatividad que fidelidad) a otras cuencas mesoamericanas. Este libro sugiere un método para llevar a cabo dicho esfuerzo.

Se trata de un método que podría aplicarse no solamente a Pátzcuaro, a Chapala, a Cuitzeo, a Atitlán, etcétera, sino incluso a regiones que hoy parecerían tan improbables como Tlaxcala. Podríamos obtener una nueva dimensión de lo mesoamericano.

Una segunda idea general —así de general— que podría destacarse es la imagen cultural de la fauna que se desprende de este libro. La cosmovisión mesoamericana proporciona un modelo explicatorio general del comportamiento del cosmos y, particularmente, del vínculo de los animales con ese cosmos.

La multiformidad de la imagen cultural de la fauna, me parece, es abrumadora. En el libro apenas se inicia el descubrimiento de un sistema extraordinariamente rico de relaciones entre la fauna y la cultura. No se trata de simples relaciones prácticas, utilitarias, las cuales sólo dan cuenta de una pequeña parte de la relación del hombre con los animales; tampoco se trata únicamente de un sistema simbólico esotérico, accesible sólo a la elite sacerdotal, aunque se haya desarrollado también en este terreno. Los anima-

¹ Un ejemplo muy interesante está constituido por los estudios de Beatriz Albores, respecto de la cuenca del Lerma, en el valle de Toluca. La semejanza entre este caso, documentado etnográficamente, y el libro que nos ocupa, situado quinientos años antes, es deslumbrante.

² No todos los habitantes de una ciudad, incluso una ciudad lacustre, se especializaban en el agua; probablemente había *calpultin* especializados en la extracción de sal; otros en la pesca, otros más en la caza de aves acuáticas; algunos en el manejo del tule, etcétera, y muchas de las células sociales no tenían nada que ver con estas actividades. De la misma manera, es posible que en muchas ciudades no lacustres existiera algún *calpulli* de tradición lacustre, o al menos —siempre latente— la posibilidad de fusionarse con alguno de ellos.

les conforman, para la cosmovisión, el conjunto de fenómenos más complejo, rico y valioso para interpretar el cosmos, fuera del hombre mismo.

No se trata de un sistema tan ordenado y exacto como el movimiento de los astros. Los fenómenos del firmamento pueden ser extremadamente confiables en cuanto a su sincronía y su predictibilidad; cualquier fenómeno anómalo puede ser altamente significativo, absolutamente trascendental, y puede haber intentos muy elaborados por predecir o entender, a partir del cielo, todo cuanto ocurre en la tierra. La creencia de que se puede hacer tal cosa es extraordinariamente persistente, como sabemos, pero es igualmente limitada.

La fauna proporciona un sistema mucho menos preciso, pero, consecuentemente, de mucho mayor plasticidad y riqueza.

Los animales tienen un cuerpo más parecido al del hombre, y mediante este paralelismo extienden el poder explicativo del propio cuerpo humano; tienen una conducta, y a través de ella semejan la conducta humana, la sociedad humana, el destino humano; los animales reaccionan ante los fenómenos naturales, ante los desastres, ante los cambios meteorológicos, ante la presencia humana misma; tienen ciclos circadianos, ciclos estacionales, ciclos vitales de muy diversas duraciones. Los animales son deidades, actúan concomitantemente al resto del cosmos y permiten interpretarlo, prevenirlo, presionarlo. Los animales son en parte humanos o los hombres son en parte como ellos. El conocido hecho de que cada hombre tenía su *alter ego* animal podría también verse al revés: en cierta forma son los animales quienes tienen su nahual humano. A través de los animales se puede interactuar con los dioses y con diversos estratos del cosmos al que el hombre no tiene acceso; la fauna puede participar activamente en rituales o ser personificada por hombres; los animales son símbolos, pero son mucho más que eso: personifican al relámpago, al sol o al granizo; no sólo los simbolizan: son el fuego, son el agua, son los dioses mismos de carne y hueso.

Por todo ello, la imagen cultural de los animales es vasta y de una profundidad que creo hasta hoy día inexplorada. Este libro es un atisbo, y no es el único, pero por lo menos es una buena aproximación.

En realidad solamente se ha hecho en él un estudio de caso: el de las aves acuáticas y, más superficialmente, el de la fauna acuática macroscópica en general, pero algunas de las investigaciones que en este momento estoy desarrollando enriquecen vivamente esta primera aproximación y me confirman ampliamente la interpretación iniciada en este libro.

Creo que no sería aventurado pronosticar que el estudio de la fauna en relación con la cultura prehispánica pronto será uno de los campos más dinámicos de los estudios mesoamericanos.

En este libro se plantea también una idea cuyo destino me es más difícil prever: se propone una base material ecológica que ayudaría a explicar la larga duración del *tlatocáyotl*, el señorío regido por un *tlatoani*, en la cuenca de México. Las varias decenas de señoríos de este tipo que existían aquí en el momento de la conquista parecen tener en común un patrón que podría repe-

tirse en otras cuencas, o modificarse de acuerdo con sus causas: el patrón es la extensión del *tlatocáyotl* desde el lago hacia las montañas que le rodeaban; ninguno de ellos pretendió extenderse solamente hacia los lados, por la orilla del lago. La causa podría ser el acceso, dentro de un mismo señorío, a la variedad de recursos de los diversos pisos ecológicos de la cuenca.

Estos señoríos de la cuenca semejan organismos sociales cuyo cuerpo se extendiera hacia las montañas y su cabeza se introdujera en el agua.

La cabeza, la verdadera sede del *tlatoani*, siempre se introduce en el agua porque el lago fue el medio de comunicación que los mantuvo en constante diálogo entre sí. El lago se convirtió en crisol no sólo de la cultura material lacustre, en rápido dispersor de los inventos, de las técnicas y los conocimientos sino, también, en propagador de los códigos sociales, de las costumbres y convenciones, del ritual y la magia: de la cultura, con todo lo que esta vasta palabra puede abarcar.

No solamente fue el fluido canal del comercio y el intercambio en general el medio idóneo para engranar las múltiples piezas de la especialización regional; el lago no solamente centralizó el flujo de las mercancías y bienes que brotaban de los montes: las resinas de los bosques frondosos; la madera de los oyameles; los frutos y flores, los minerales, los cultivos, las pieles y productos elaborados...

El lago facilitó el juego político entre estos señoríos que venían a comerciar e interactuar entre sí; propició las alianzas y discordias; puso alas a la guerra, ese civilizado producto mesoamericano; hizo de la palabra humana algo tan veloz y ubicuo como el viento mismo, como el agua que penetraba en las ciudades, acuáticas y semiacuáticas, a veces dotadas de asombrosos mecanismos hidráulicos. La amenaza de inundaciones, lejos de descorazonar, parecía incentivar el ingenio, la capacidad de fusionarse con el lago, no de luchar contra él. Ningún absurdo hubiera parecido mayor; ninguna tontería más grande: luchar contra nuestra propia madre, contra nuestra diosa más fértil, contra la parte más nuestra del cosmos...

Si a esta gente se le hubiera dicho que algún día desaparecerían sus dioses y su descendencia viviría en una ciudad seca, desde la cual ningún volcán, ningún monte sería visible, sin duda nos hubieran dicho: y sin embargo, ahí están, debajo de la tierra, más allá del humo. Hoy son ellos mismos, sus aguas y cenizas, quienes nos recuerdan que los dioses mesoamericanos eran de otra naturaleza: tenían materialidad; los dioses mesoamericanos no desaparecen como los demás dioses.

Un capítulo por escribir

Desde su inicio, este libro estaba planeado para contener un capítulo que nunca fue escrito: "Las criaturas atmosféricas del lago". Este capítulo iba a tratar de todo aquello que se desprende del lago y se remonta por los aires:

los olores, que siempre son sutiles mensajes y evidencias de la presencia de los dioses; las neblinas, que seguramente daban al lago un aspecto efectivamente embrujado al amanecer, y que probablemente se concebían como precursoras de las nubes. Las neblinas vendrían a ser una evidencia más de que las nubes provenían del inframundo. En las investigaciones que estoy desarrollando en este momento he llegado a la siguiente, casi poética, conclusión: el lago es una extensión del inframundo. No se trata de una metáfora sino de una realidad empírica a los ojos de la cultura nahua: los lagos, como el mar, son una extensión física, corpórea, del inframundo; todo aquel que se haya sumergido alguna vez en el mar puede decir con razón que ha penetrado en el inframundo de los mesoamericanos.

En la lógica de la cosmovisión mesoamericana, las nubes son criaturas no celestes sino inframundanas: se engendran en el interior de la tierra, y solamente se remontan por los aires como invasoras de la mitad contrapuesta del cosmos. Las nubes surgen de las cavernas, de los hormigueros y de los grandes cuerpos de agua: todas estas vías eran concebidas como accesos directos al inframundo. Las neblinas, sin duda, informaban de muchas cosas al habitante lacustre: las temperaturas relativas del agua y la atmósfera, la dirección y estratificación de los vientos, etcétera. A través de las neblinas y, más aún, de la interacción de las neblinas con otros seres, el adorador de la diosa lacustre seguramente comprendía algunas de las inclinaciones de su voluntad.

En este capítulo no escrito, también se iba a hablar de la luz del lago, los reflejos, los destellos, los espejismos y otros fenómenos ópticos.

En el lago ocurrían cosas extrañas: la masa acuática parecía atrapar la luz y transformarla en visiones fantásticas.

Hoy se sabe que, durante una cálida tarde de primavera o verano, suelen surgir a menudo espejismos extraordinarios, justamente sobre un gran cuerpo encerrado de agua, como una bahía, un estrecho o un gran lago. Cuando el agua está más fría que el aire caldeado por la tierra, puede producirse una distribución de temperaturas que varía con la altura, de tal forma que el observador percibe la superficie del agua como si se levantara formando una pared enorme que a veces se curvara, dando lugar además a notables variaciones de su luminosidad, que pueden oscilar periódicamente. ¿Cómo interpretaría el observador una visión semejante? En el Viejo Mundo estas visiones fueron generalmente interpretadas como paisajes, islas enteras que surgían de pronto de la mar, o como edificios, construcciones blanquecinas en las que pueden distinguirse con nitidez irrecusable ventanas, arcos, balaustradas y otras estructuras. A estos espejismos se les bautizó como *fata brumosa* y *fata Morgana*. Este último es el nombre italiano del hada Morgana, que aparece en la saga del legendario rey Arturo. Esta hada podría hacer surgir castillos del aire mismo. Usar su nombre para este espejismo, es en verdad adecuado: las estructuras que nuestro cerebro se empeña en ver, a partir de los cambios de luminosidad, parecen innegables.

Fata brumosa y *fata Morgana* son solamente dos casos extremos de una amplia colección de espejismos que pueden presentarse sobre el agua: imágenes dobles invertidas o hasta triples; cuerpos aumentados de tamaño muy notablemente; personas y objetos que caminan sobre el agua, cuando en realidad lo hacen sobre tierra que no se ve, porque la superficie parece doblarse hacia abajo como si la curvatura de la tierra fuese la de un asteroide, en fin, ilusiones ópticas provocadas por los variados fenómenos físicos asociados a la refracción; juegos de luz provocados por la cambiante, casi viviente, lente atmosférica; ¿qué habrían pensado los mesoamericanos de tales juegos de luz?

Este capítulo hablaría también de los reflejos: en ocasiones el lago parecía un extenso espejo en calma, por lo menos en grandes secciones. Desde los montes era posible ver la sierra y los cielos reflejados en él. Un mundo virtual parecía extenderse abajo, más allá del agua. ¿Cómo interpretaría la cultura mexicana ese mundo virtual? En ocasiones el viento rizaba la superficie acuática, y hacía aparecer cambiantes formas en las que podría leerse posiblemente un mensaje de Chalchiuhtlicue.

A veces el reflejo de una cosa en el agua permitía descubrir parte de su naturaleza, oculta en su imagen no reflejada: cuando el sol se halla alto, lejos del horizonte, nunca sale el arco iris... a menos que un espejo de agua lo proyecte hacia el cielo. Entonces aparece ante nuestros ojos el hecho sorprendente de que el arco iris no es un arco solamente, sino un círculo completo. En otras palabras, podría interpretarse que en realidad hay dos arcos iris, uno sobre la tierra y el otro por debajo de ella.

Este último nunca se ve, excepto cuando se le ve hacia abajo desde una gran montaña (en nuestros días, desde un avión) o cuando es reflejado por un lago hacia arriba. En este capítulo iba a extenderme largamente sobre este tema y adelantar una temeraria interpretación. Luz relumbrando desde el agua imágenes reales, pero que no corresponden a objeto alguno, neblinas y brumas que transforman la atmósfera; colores, reflejos y vibraciones luminosas que parecían surgir desde el lago: de todo esto iba a tratar el capítulo no escrito.

Nunca hubo tiempo, siempre quedó para mí como una parte preferida, largamente acariciada... que nunca llega.

No obstante, eso me llevó a la atmósfera; reforzó en mí el proyecto, igualmente deseado, de hablar en general acerca de las luces atmosféricas, no sólo las vinculadas con el lago. Esto me ha seguido arrastrando hacia la meteorología prehispánica, y me ha llevado a proponer un nuevo campo de estudios en la mesoamericanística al que momentáneamente he llamado arqueoastronomía atmosférica. Ahora acaricio la idea de, en el contexto de esa otra investigación, concretar ese capítulo no escrito del lago. Pero ésa ya será otra historia. □

El libro de Gabriel Espinosa, *El embrujo del lago*, es estupendo. ¿Qué mejor manera de invitar a su lectura que comentarles las razones de mi entusiasmo?

Vamos a imaginar que tomamos el camino a Cuernavaca que sale de Xochimilco. Cuando llegamos al último mirador, antes de empezar a cruzar la sierra, volteamos hacia el valle de México: a la derecha los volcanes, a la izquierda el Ajusco; frente a nosotros el valle se despliega de sur a norte; se miran muy cerca los canales y chinampas de Xochimilco y San Luis Tlaxiátemanco. Es decir, casi, casi, un paisaje de José María Velasco. Llegamos al siglo xix.

Si seguimos lo que propone el libro de Espinosa, comenzaríamos por borrar casas y periféricos; dejaríamos que el agua fluyera de nuevo y ocupara sus límites primarios. Luego, como si fueran mapas de papel, levantaríamos la ciudad porfiriana, la ciudad colonial, la ciudad que vio Cortés, hasta llegar a la ciudad en el momento en que Ahuizotl decide dominar los lagos. Hasta aquí, un historiador de la ciudad se movería con familiaridad. Hacia atrás, las oscuridades serían más que las luces —aun contando con los mapas de Millon sobre Teotihuacan— y antes, mucho antes del “momento formativo” de la sedentarización, la noche de los tiempos no nos deja ver nada.

Y lo que nos causa asombro de este libro es que nos abre ese otro mirador. Sin dejar de mantenernos —bien parados— en el tiempo presente, nos lleva treinta mil años atrás. Sus fuentes son actuales: las excavaciones arqueológicas de los últimos años (porque se construyen nuevas líneas del Metro o se rescata Xochimilco), el registro de los movimientos de subducción (que conocemos mejor desde los sismos de 1985), las multidisciplinas ecológicas y los mapas climatológicos recientes de la Secretaría de la Defensa Nacional. Con ellas, reconstruye la lógica de los tiempos geológicos, identifica procesos de sedimentación y termina dejándose atrapar —y nos atrapa— por el embrujo del lago.

Encuentro, en Espinosa, una peculiar mezcla de curiosidad científica y antropológica y una brillante manera de combinar saberes e intuiciones. Por eso, ha podido construir, para nosotros los lectores, la historia de cómo se formó el altiplano, a golpes de erupciones, hasta que se cerró la cuenca;

* Texto leído en la presentación del libro de Gabriel Espinosa, *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996, 432 p.), celebrada en la Casa Universitaria del Libro, 9 de octubre de 1997.

describirnos las razones profundas de los desniveles de los lagos; la sucesión de “crecidas y menguas” de las aguas. Nos puede explicar también por qué los pinos, encinos y musgos dominan el bosque; y por qué siempre se encuentran grutas y pequeños manantiales que pueden, en un acomodo de la tierra, perderse. Grutas previamente descubiertas por otros, usadas para realizar ceremonias, como puertas al inframundo y lugares de adoración de los tlaloques.

El Señor de la Cueva, en la ermita de Ixtapalapa, es un Cristo negro amortajado como si fuera figura de códice, a quien se “visita” cada año “en familia”. En el atrio de la parroquia podemos cruzarnos con familias, tan extensas como clanes, que llegan en “ordenada corporación” a visitar “la Cueva”. El orden de la procesión respeta las reglas de la jerarquía doméstica: los abuelos encabezan, seguidos por los padres y nietos más pequeños y el grupo va cerrado por los jóvenes, separados por sexos. Cuando hemos visto esto, no podemos estar más de acuerdo con la propuesta de Espinosa de que, para entender la historia del valle, son tan útiles las fuentes etnográficas como las estratificaciones de polen.

Nuestra generación, sobre todo la que conoció esta ciudad en los años cuarenta o cincuenta, encontrará en este libro muchas huellas de lo vivido que, por la violenta tensión de desequilibrio ecológico que hemos conocido en los últimos treinta años, son claves invisibles para quienes lo han vivido después. De ahí la importancia de un libro que se propone hacer ver lo que ya no se mira a la primera vista. Lo que el autor observa, con su mirada original, con su pasión por la naturaleza, los libros y los tepalcates, hace que el lector vaya de asombro en asombro.

Recuerdo el gusto con el que recibí, una mañana, la noticia de que las garzas, los patos y los aguiluchos habían regresado a Xochimilco. El agua tratada comenzaba a hacer su trabajo de rehabilitación de los canales y, por la importancia del suceso, me avisaban que los patos canadienses, uno por uno, iban a ser marcados con un número para seguirles cuidadosamente su ruta de origen y destino. Cada pato portaría su cadenita de migrante documentado. Cada febrero, con gusto vemos pasar por los jardines de la ciudad de México, una que otra mariposa monarca despistada, y nos maravilla tanto como toparnos de pronto, entre cables y antenas, con algún colibrí tornasolado. Esa cultura contemporánea de saber que las especies están en peligro de extinción, mueve en nosotros fibras semejantes a las que movió entre quienes veían llegar, cada año, a cientos de especies y millones de aves invernantes, con sus colores y su griterío. Por eso, un mes del año se llamaba el “de la llegada de los dioses”. Dioses con pico de pájaro y cubiertos con plumas.

En el valle de México hubo colonias de flamencos (como todavía me tocó verlas en el altiplano boliviano, cuando al paso del tren rumbo al Titicaca volaron asustados y oscurecieron el sol). También hubo pelícanos (de vez en vez se ve alguno en Xochimilco). De éstos, los hombres aprendieron

mucho. Su manera gregaria y ruidosa de cazar, volando al ras del agua, chapoteando para asustar a los peces y acorralarlos, la tomaron y repiten todavía los pescadores al azotar el agua con sus redes. La única forma de entender esas herencias, es atreverse a construir estas visiones de larguísima duración, combinando las más diversas fuentes.

Unos personajes inolvidables, para mí, serían los buzos. El conocimiento del lago, de las fuentes de agua que lo alimentaban, de sus desniveles y movimientos, era un saber práctico. Un saber tan misterioso para el que no lo había adquirido, como lo es, para nosotros, calibrar válvulas y controlar las redes del sistema hidráulico contemporáneo. Había especialistas, mitad brujos seguramente, que podían abrir y cerrar manantiales, desviar las aguas, anticipar los límites que, en caso de superarse, llevarían a inundaciones. Con toda razón, hasta el siglo xvii, cuando comenzaron los trabajos para abrir el desagüe a la cuenca, los españoles vivieron atemorizados por ese saber hidrológico de los indígenas. Ellos, los otros, tenían la llave de la seguridad de la ciudad y podían inundarla. Poco valían, en esas circunstancias, las rogativas y procesiones que llevaban a la virgen de los Remedios hasta la capital, para pedirle que bajara las aguas o que dejara de llover, si existía la certeza de que los indígenas controlaban a voluntad la subida de las aguas.

¿Y qué decir de los olores? Acostumbrados a las pinturas azul y esmeralda con las que Diego Rivera recreó el valle, o la visión estática de la maqueta del Templo Mayor de Marquina, para nosotros, el lago tiene color pero no olor. Espinosa nos recuerda —y cita las observaciones de los conquistadores o los frailes que estuvieron ahí— que las algas se pudren, que el agua salada huele de distinta manera que el agua dulce y que había mortandades de peces y que sus cadáveres seguían flotando en el lago hasta pudrirse. El efecto es instantáneo: el lago cobra vida, a costa de nuestras ilusorias imágenes del paraíso.

No hace mucho, en una comida en el Parque Ecológico de Xochimilco, nos ofrecieron huevos de mosquito, tortitas de cucarachón, ajolotes, ranas, “peces pequeños” y otras delicias acuáticas. Con eso se alimentaron, durante siglos o milenios, quienes vivieron en el valle. Los arqueólogos han encontrado huellas de ello. Hasta hoy, en nuestras casas, prolongamos los ritos estacionales “de los romeritos” y “los huauzontles”, aderezados con salsas más hispánicas, si se quiere, pero como platillos que sólo se consumen en las zonas de lago y que perduran por la fidelidad de las sociedades a los sabores que consideran propios.

Las antiguas fiestas del calendario mexicano son el punto que liga la naturaleza y la cultura. Los hombres danzantes —me pregunto por qué se pensaba que era “el peor trabajo”—, engalanados como aves, tigres y otros animales, hacían lo que los hombres suponían que hacían los dioses.

En fin, hay muchos descubrimientos en este libro. Me detengo aquí, para que los presentes se vuelvan lectores-descubridores ellos mismos.

El de Gabriel Espinosa es un libro inteligente, en el sentido profundo de la palabra: recoger, reunir, asociar, ligar. Es también una obra imaginativa capaz de construir y transmitirnos, casi visualmente y en movimiento, un mundo que antes nos parecía muerto.

No quisiera que el gusto, el azoro, el entusiasmo que despierta conocer tantas cosas nuevas se mantuviera destinado, exclusivamente, a los especialistas o cultos curiosos. Me gustaría que el autor, descargado de la necesidad de demostrar hipótesis (con la ventaja que le da su dominio de la forma narrativa) nos ofrezca muy pronto, un librito, más pequeño, para todo público, que contribuya a deshacer un entuerto que todos heredamos de la escuela: aprender cuál es nuestro oriente verdadero, entender que sólo tenemos dos estaciones en el año, y no cuatro; aceptar que el lago sigue ahí, para no luchar eternamente por que desaparezca; entender por qué la tierra tiembla y, sobre todo, respetar los procesos de transmisión por expresiones simbólicas a los que recurren los pueblos para descubrir en ellas una cultura que ya no desciframos totalmente. □

Comentario

Johanna Broda

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

El libro de Gabriel Espinosa es fruto de un proyecto de investigación apoyado por Conacyt (1991-1993) y de una línea de investigación que he trabajado en el IIH e impulsado en un seminario de posgrado del doctorado en antropología (UNAM y ENAH). En este espacio se han estudiado diferentes elementos de la observación de la naturaleza en el México prehispánico. El punto de partida fue el estudio de la sociedad mexicana del último momento antes de la conquista española, su economía, los ciclos agrícolas, el clima, las estaciones, la astronomía y los ritos que jugaban un papel muy importante en la sociedad mesoamericana.

La arqueoastronomía es un campo interdisciplinario que se ha desarrollado mucho en las últimas dos décadas. Sin embargo, a pesar de los indudables logros de la nueva especialidad de la arqueoastronomía, hay que señalar que la observación exacta de la naturaleza en el mundo prehispánico no se limitaba únicamente a la astronomía. Esta observación incluía en términos más amplios la interacción con el medio ambiente en el cual se desarrollaba la vida de la comunidad y del hombre en el plano individual. Es de notar que

los conocimientos prehispánicos sobre la geografía, el clima, la flora y la fauna han estado casi totalmente ausentes en la discusión, aunque estas nociones hayan sido fundamentales para anclar a la sociedad en el mundo que la rodeaba. Estos temas, por lo general, han sido tratados en los estudios prehispánicos como parte de la religión y la magia, y se ha descuidado investigar el importante cuerpo observacional que contenían.

Hemos definido el concepto de cosmovisión como la visión estructurada en la cual las nociones cosmológicas eran integradas en un sistema coherente. La cosmovisión mexicana explicaba el universo conocido en términos de un cuerpo de conocimientos exactos, al mismo tiempo que satisfacía las necesidades ideológicas de aquella sociedad. Existe una abundante información sobre la religión y la cosmovisión prehispánicas que ha sido estudiada por muchos investigadores. Se ha enfatizado el papel destacado que jugaba la religión en las antiguas culturas mesoamericanas; sin embargo, en la mayoría de los casos este rasgo se ha examinado desligado de la sociedad y del medio ambiente natural. Los importantes contenidos de la observación de la naturaleza que abarcaba el culto prehispánico no han recibido la debida atención.

A partir del holocausto que significó la conquista española para las sociedades indígenas mesoamericanas, la tradición cultural de las elites prehispánicas con sus conocimientos especializados, erudición de muchos siglos, fue radicalmente suprimida. Se produjo una ruptura total, y no hubo continuidad entre las ciencias prehispánicas y coloniales en los niveles del Estado y de las clases dominantes. Sólo sobrevivieron a la conquista los conocimientos indígenas del pueblo campesino, prácticas y calendarios agrícolas.

Por estas razones, el estudio de los temas esbozados tiene un valor histórico-cultural muy importante. Nos abre nuevas perspectivas para la comprensión de la sociedad mexicana prehispánica, específicamente en cuanto a los conocimientos exactos que se produjeron en ella acerca de la naturaleza. En lugar de hacer arrancar el estudio del conocimiento a partir de la sociedad novohispana, planteamos, por lo tanto, la legitimidad de establecer una historia de las ciencias en el México prehispánico. Constituye una tarea importante integrar los campos especializados de la investigación monográfica dentro de una historia general de las ciencias en Mesoamérica y reivindicar estos temas como legítimo campo de estudio, tan legítimo como la investigación sobre las bases materiales, la sociedad, el arte y la religión en el mundo prehispánico.

Este enfoque en el estudio de la cosmovisión mexicana, que he impulsado en los ámbitos arriba mencionados, derivó en una serie de investigaciones concretas que hemos llevado a cabo en un grupo de trabajo sobre la historia del paisaje cultural de la cuenca de México en lo que se refiere a la interacción de la geografía, el clima y el medio ambiente en general, con la creación de lugares de culto en donde los mexicas adoraban a los tlaloques como dioses de los cerros y generadores de la lluvia. En estos estudios sobre

los paisajes rituales de la cuenca, hemos combinado la arqueología, la antropología y la historia con nociones de la geografía cultural y de otras especialidades en una perspectiva interdisciplinaria. Hemos obtenido resultados que reconstruyen aspectos de la rica evolución cultural de la cuenca de México, cuya historia de sociedades desarrolladas y culturas complejas se remonta a más de tres milenios hacia atrás.

En esta perspectiva, el libro de Gabriel Espinosa, *El embrujo del lago*, constituye una aportación sumamente importante. Combina de manera muy interesante el estudio de la antropología y la historia prehispánicas con el de la biología (la botánica y la zoología), la geografía y la geología; es un ejercicio muy logrado de la aplicación difícil y creativa de un enfoque interdisciplinario. Está redactado en un excelente y evocativo estilo, sencillo y complejo a la vez. Hace aportaciones teóricas interesantes en cuanto a la aplicación del enfoque interdisciplinario y la interpretación antropológica de los datos. Reconstruye aspectos novedosos de la cosmovisión mexicana, sus bases materiales y naturales o, si se quiere, de la interacción dialéctica entre las condiciones naturales de la cuenca y las representaciones simbólicas, los sistemas clasificatorios indígenas sobre flora y fauna y las explicaciones míticas en la religión mexicana. Hace un paradigmático análisis de la información sobre la fauna lacustre contenido en la *Historia general* de Sahagún, fuente de riqueza inagotable. Pero, ante todo, Gabriel Espinosa hace una reconstrucción evocativa y sugerente de la historia del paisaje de la cuenca en sus remotos orígenes. Abre perspectivas nuevas sobre la interrelación entre el hombre prehispánico y la naturaleza, en el maravilloso entorno natural de lo que antaño fue la cuenca, que sólo nosotros —la sociedad expansiva y devastadora de finales del siglo xx— estamos acabando de destruir. Esta publicación se entiende también como una pequeña contribución para el rescate de las partes de este paisaje que aún pueden ser salvadas. □

